

Morir por la patria... o por la nada. Elija usted

Javier Ruiz Portella

Dulce et decorum est pro patria mori
HORACIO

¿Y si el meollo de la descomposición de España no estuviera tal vez donde imaginamos? ¿Y si lo más grave de todo no fuera el empeño secesionista que sufrimos? ¿Y si aún más grave, más inquietante, fuera la indefensión en que, frente a ello, se encuentra el pueblo español? ¿Y si, en el fondo de esta indefensión, estuviera la profunda desvertebración de un país incapaz de afirmar su historia, de defender su identidad? ¿Y si, en últimas, la muerte del espíritu español fuera indisociable de la del espíritu sin más?



Relieve sobre la batalla del Conde Roldán. Palacio de los Reyes de Navarra (siglo XII). Estella (Navarra).

Poetizando lo experimentado mientras paseaba un día por las calles de Córdoba, **Álvaro Mutis** —ese “español de las provincias de Ultramar”, como le gusta llamarse— nos habla de una luminosa certeza, de *“la certidumbre de [que en esta calle, en esta ciudad, en los interminables olivares quemados al sol, en las colinas, las serranías, los ríos, las [ciudades, los pueblos, los caminos, en España, en fin, estaba el lugar, el único e insustituible [lugar en donde todo se cumpliría para mí con esta plenitud vencedora de la muerte [y sus astucias, del olvido y del turbio comercio de los [hombres.”*

La patria... (sí, ya sé: sólo oír esta palabra ya os da repelús). La patria (lo siento): “el único e insustituible lugar” en el que ser; el único e insustituible lugar, a partir del cual, los hombres y el mundo son. Salvo vosotros..., que por eso ya casi ni sois. Salvo vosotros, españolitos desdichados de hoy, que os empeñáis en no tener un maldito lugar —no ya España: ninguna patria, ningún lugar— donde caeris muertos.

Porque de la muerte, y no de otra cosa —de la muerte y de la vida, de “esta plenitud vencedora de la muerte y sus astucias”—, es de lo que se trata. Porque os vais a morir —y nosotros, por vuestra culpa también— como nunca los hombres se habían muerto: sin dejar ni recuerdo ni rastro, roto el secular hilo del tiempo, quebrado el vínculo con ascen-

dientes y descendientes, sumidos todos en la nada de la que todo surge y en la que todo se sumerge. Como en ella os sumergiréis vosotros, que os vais a morir, sí, por más empeñados que parecáis en creer lo contrario, por más que os tapéis los oídos y os vendéis los ojos haciendo ver —tampoco sois tan necios como para creéroslo...— que la cuestión de la muerte no os incumbe, no os interesa, la habéis olvidado, con vosotros eso no va.

No va con vosotros la cuestión de la muerte —y la de la vida, por tanto, tampoco. No va con vosotros la cuestión de esa vida que parece como si la hubierais alcanzado surgiendo en el mundo por generación espontánea —acaso tal vez por libérrima decisión del Sujeto soberano.

desvertebración del mundo en los que acabarían desembocando aquellas noventa y cinco tesis que un maldito monje alemán, como decía **Nietzsche**, clavó en 1517 en la puerta de la catedral de Wittenberg: todo ello constituye uno de los más altos motivos de honra. Cosa muy distinta es la validez o invalidez de la alternativa por la que, ante la situación creada, España optó. Cosa muy distinta es la alternativa que, en Trento, acabaría con las promesas del gran renacer que en Italia había estallado y, gracias al cual, paganismo y cristianismo habían empezado a abrazarse en una espiritualidad gozosa y voluptuosa: aquella a la que Lutero quiso precisamente poner fin.

Cosa muy distinta, aunque relacionada con la anterior, es que en todos estos siglos de pugna contra las acechanzas materialistas de la modernidad, España siempre enfocó el combate en términos de reacción —nunca en términos de creatividad. Siempre planteó la lucha como una defensa numantina del amenazado orden anterior; jamás la entendió como lo que aquel combate de titanes hubiera podido, debido ser: un combate por realizar la más original de las síntesis entre el orden antiguo y el nuevo, por imprimir a los nuevos tiempos un sesgo radicalmente distinto gracias al cual quedarán preservados los tesoros de la modernidad.

Ahora resulta que la modernidad tiene tesoros...

¿Tesoros de la modernidad?... Se hallan, es cierto, aplastados bajo todas sus miserias (desde el relativismo y nihilismo hasta el incoercible afán de dominio técnico y de codicia mercantil), pero contenerlos, desde luego que la modernidad contiene numerosos y valiosos tesoros. Es más, al contenerlos, mantiene abierta la posibilidad de que se efectúe

ESPAÑA EN MARCHA

[...]

**De cuanto fue nos nutrimos,
transformándonos crecemos
y así somos quienes somos golpe a golpe y muerto a muerto.**

[...]

**No reniego de mi origen
pero digo que seremos
mucho más que lo sabido, los factores de un comienzo.**

**Españoles con futuro
y españoles que, por serlo,
aunque encarnan lo pasado no pueden darlo por bueno.**

[...]

**España mía, combate
que atormentas mis adentros,
para salvarme y salvarte, con amor te delecto.**

GABRIEL CELAYA

túe la gran síntesis que hasta ahora nunca nadie ha efectuado. ¿Cuáles son dichos tesoros? Por un lado, son los que ponen en la picota la intolerancia y combaten el fanatismo; por otro, son los que abarcan desde el ámbito de las costumbres — los gozos y la voluptuosidad de que hablábamos antes— hasta todo cuanto afecta al bienestar del cuerpo, su salud y comodidad.

¿Cómo!... ¿Cómo defender —aquí, en estas páginas— cosas tan bajas y rastreras; cosas tan alejadas de la grandeza espiritual!... Obcecados nosotros mismos por la muerte del espíritu, obnubilados por toda la angustia que suscita; peor: ahorrados por una antiquísima dualidad, podemos parecer a

veces menospreciar tales cosas, considerar que no son nada. Pero lo son todo. Forman, mejor dicho, parte del todo: de todo ese conjunto en el que —a condición de romper con la milenaria dualidad que los opone— carne y espíritu, cuerpo y alma, marchan entrelazadas y a la par.

Soñemos, decía. ¿Cuál podría ser el proyecto que nos diera impulso, que nos imprimiera el sentido colectivo que, si hoy se halla debilitado por doquier, en España parece fenecido? ¿Qué ansias, qué ideas, qué esperanzas podrían alentar hoy, en estas postrimerías inciertas de la modernidad, un “sugestivo proyecto de vida en común”? Ahí, en el anterior intento de síntesis entre el renacer del espíritu y lo que de feraz se abre en la modernidad, se nos ofrece —no delineada en sus formas, pero sí esbozada en su reto— la respuesta.

Soñemos..., pues lo cierto es que los españoles parecemos bien lejos de tal posibilidad: nosotros, que ni siquiera somos capaces de defender nuestro amenazado ser colectivo; nosotros que nada tenemos que ver con lo que nuestros antepasados, hasta hace muy poco, aún eran y representaban. ¿Qué se hizo de ellos, dónde fueron a parar?... ¿Qué se hizo de toda aquella grandeza, de



Monumento a Viriato. Zamora.

alentar tras unas palabras que, manidas hasta la saciedad, han acabado vacías de sentido? ¿Qué proyecto?... Porque el pasado no basta. Para que una nación exista con pujanza, para que una nación se afirme con grandeza, hace falta todo un proyecto que le dé impulso y aliento. ¿Libertad, democracia?... ¡Por supuesto, ni que decir tiene! Pero no basta. ¿Libertad para qué, democracia para hacer qué, libertad y democracia para configurar qué mundo, alentar qué afanes, realizar qué sueños?... ¿Libertad y democracia... para producir, consumir y morir?

Desde luego que no. Soñemos un poco. Durante siglos, el gran proyecto que dio aliento a España no fue otro que la defensa de una determinada configuración espiritual de Europa. Gracias a este proyecto, América, entre otras cosas, vio la luz. ¿Cuál podría ser nuestro proyecto, ahora que toda configuración espiritual se ha desvanecido, ahora que estamos abocados a los más nihilistas de todos los tiempos?

Los advenedizos de la modernidad

A este nihilismo los españoles hemos llegado sumamente tarde, en las postrimerías mismas de la modernidad. ¡Pero con qué ganas!... En el gran banquete en el que el mundo es devorado con fruición, los españoles parecemos unos advenedizos que, llegados a los postres, sacian como glotonas un hambre atrasada de siglos. No veamos, sin embargo, en tal retraso deshonra alguna. Haber combatido durante siglos la modernidad y sus males; haber sido los primeros en intuir los abismos de

¿Libertad para qué, democracia para hacer qué, libertad y democracia para configurar qué mundo, alentar qué afanes, realizar qué sueños?...



El reto hispanoamericano de España

Cuando se dice, hablando de catalanes y vascos, que no quieren a España (aunque se debería precisar que, en el fondo, el verdadero problema —véase el artículo del que esta nota es anexo— es que los españoles, por sorprendente que sea, no se quieren lo bastante a sí mismos: a su pasado, a su historia, a su identidad); cuando tales cosas se plantean, bueno sería echar un vistazo al mapa y contemplar la inmensidad del continente que, amamantado por España, guarda hacia ella el más estrecho de los afectos. Un afecto que es particularmente vivo entre sus elites criollas, entre todos esos hispanoamericanos que, salvando el vínculo político, añadiéndole, donde corresponda, el aporte indígena, son y se afirman —cultural, afectiva, históricamente incluso— tan españoles, en últimas, como los que más.

Nunca España ha resuelto con amplitud de miras su relación con América. O bien ha caído en la actual indiferencia (como si se tratara de una región más del globalizado planeta); o bien se ha sumido en el apolillado discurso que gira en torno a la huera retórica de la Hispanidad. Huyamos de tan gastado cliché. Planteemos de modo totalmente distinto —creativo, innovador— toda nuestra relación con la América que bebe de nuestras mismas raíces.

Lo importante no es aquí proponer formas asociativas, delinear implicaciones culturales, alianzas geopolíticas, ámbitos de actuación conjunta... Lo importante no es saber cómo vayan a ser los puentes. Lo importante es saber que de trazar sólidos puentes sobre el Atlántico es de lo que se trata. Si la "nación histórica", como la llama **Esparza**, es mucho más decisiva que la "nación política"; si lo que importa —mucho más que el Estado-nación, hoy en manifiesto declive— es el conjunto de vínculos culturales e históricos, lingüísticos y sentimentales que unen a un pueblo, la respuesta está clara: ahí —a ambos lados del Atlántico— están indiscutiblemente los nuestros.

J. R. P.



Entierro del Conde de Orgaz. El Greco.
Santo Tomé (Toledo).

¿“Nación de naciones”?

Ahí está, en efecto, la cuestión —y cuestión doble. Por un lado, la cuestión de la especificidad de lengua, de pasado, de sentimientos, de lazos, de afectos..., de todo eso, decíamos antes, que constituye una patria. De todo eso, en efecto, que marca en sus entrañas a una Cataluña y unas Vascongadas cuyos actuales abanderados —segundo aspecto de la cuestión— reniegan de su pertenencia a la patria común. Reniegan de la “Nación de naciones”..., digámoslo así, dándole la vuelta a la cervantina fórmula que tanto les fascina: esa fórmula que van repitiendo a troche y moche sin percatarse de que en ella se proclama lo siguiente: lo que engloba y da sentido a cuantos en España somos es mucho más que un Estado, mucho más que una relación jurídico-política, mucho más que una “cáscara”, decía yo en otra ocasión.⁴ Lo que nos hace ser a todos es una nación, una patria —la Patria grande que, siendo, la mayor, engloba a las igual de entrañables, igual de dignas patrias chicas.

¿Qué relación debería establecerse entre la patria grande y las chicas? ¿Qué relación política podría sacarnos del atolladero? La cuestión, en últimas, es secundaria —quiero decir: segunda, derivada. No tiene ningún sentido plantear la cuestión del Estado, si antes no se ha

resuelto la de la nación. Tal fue el catastrófico error que vició en su raíz el Sistema, hoy ya roto, de 1978; este sistema al que no se le ocurrió mejor cosa que edificar una estructura jurídico-política, en sí misma válida —el Estado federal de las autonomías—, sobre la base del rechazo de la patria común. Peor: sobre la base del odio profesado a esa patria de todos que, injuriada y hostigada durante treinta años, jamás se ha planteado siquiera la posibilidad de defenderse. Lo único que aquí se ha defendido es la vida que los atentados y el Terror amenazan. Tal parece como si lo único que nos importara fuese mantener la integridad del cuerpo, preservarlo de la muerte. Tal parece como si la del espíritu —en este caso, la pérdida de nuestra identidad— nos sumiera en la más profunda de las indiferencias.

Lo más grave no son los ataques del separatismo

Ahí está, en últimas, todo el meollo de la cuestión. Lo grave no son tanto los ataques sufridos (¿cabe esperar otra cosa de los enemigos?), cuanto la indiferencia y la indefensión en que nos han sumido nuestros amigos: esas “élites” que rigen nuestros destinos (como se decía cuando tal cosa aún existía). ¿Cómo podríamos defendernos, si ningún defensor se atreve siquiera a nombrar lo que es atacado! ¿Cómo podríamos defendernos, si se ataca a España matando o persiguiendo, y quienes debieran defenderla pretenden que lo atacado es sólo la paz y el Sistema liberal! ¿Cómo podríamos defendernos, cómo podríamos reafirmar

... AVISAN DE LA MUERTE

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de larga edad y de vejez cansados,
dando obediencia al tiempo en muerte fría.

[...]

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte;

vencida de la edad sentí mi espada.
Y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

QUEVEDO

nos en nuestro ser colectivo, si cada vez que han matado más de la cuenta, nos han pedido que alzáramos blancas manos con que implorar paz, libertad, democracia y tranquilidad!⁵

“Libertad”, “democracia”, “paz”, “tranquilidad”... ¿Qué *sugestivo proyecto de vida en común* (por retomar las palabras con que Ortega define a la nación) podría

⁵ En parte —es cierto—, ello ha dejado de ser así en el curso de los dos últimos años. En el transcurso de los mismos se han producido reiteradas y multitudinarias manifestaciones en las que, con un vigor y una contundencia hasta ahora desconocidos, se ha defendido por primera vez lo realmente atacado. ¡Gracias sean dadas a la honda exasperación que el gobierno de don José Luis Rodríguez Zapatero ha conseguido despertar en una parte sustancial de la población española! Y gracias sean también dadas —ahí sin paradoja ni ironía alguna— al trabajo emprendido por los comunicadores de la cadena radiofónica que juega, en el renacer del sentimiento nacional, el destacado papel que todo el mundo sabe.

⁴ Javier Ruiiz Portella, *España no es una cáscara*, Barcelona, 2000.

había fundado al mundo, pero al que sólo ahora se le reconoce, por fin, como tal.

Toda la historia de España —traduzcámoslo a nuestros términos— es una historia de opresión y tinieblas (versión izquierdista). O toda la historia de España es una historia indiferente que para nada interesa, ni tiene por qué interesar, al ciudadano consumidor (versión derechista).² ¿Cómo enraizarse en un pasado indiferente o abyecto? ¿Cómo sentirse español? Si la nación es inseparable de su pasado, y si el nuestro más vale olvidarlo, ¿cómo podremos defendernos ante quienes pretenden acabar con nuestra nación?

Si queréis colectivamente suicidaros...

La respuesta cae por su propio peso: no nos defenderemos. Ante los redobladados ataques a nuestra nación —a nuestra identidad—, los españoles de los posmodernos tiempos hemos adoptado la muy evangélica actitud de poner la otra mejilla... Seguid poniéndola, si tanto os apetece, pero al menos abrid los ojos y mirad las cosas de frente. ¿Queréis suicidaros colectivamente de una vez por todas? Bien, lucharemos denodadamente por impedirlo. Pero si no lo logramos, suicidaos al menos —lo cual implica: suicidarnos...— con los ojos bien abiertos y dejando de tanto tergiversar. Reconoceréis entonces que

¿Cómo podríamos defendernos, si se ataca a España, y quienes debieran defenderla pretenden que lo atacado es la paz y el Sistema liberal!

² Variante “patriótico constitucional” de esta versión: nuestra historia sólo tiene sentido, España sólo cobra vigencia, a partir del momento en que, con la Constitución de 1978, se produce el definitivo triunfo del liberalismo. El resto, mejor olvidarlo.

lo más espeluznante de cuanto nos pasa no es el inmenso poder que, en estos treinta años, el separatismo ha adquirido en Cataluña y las Vascongadas. Lo más aterrador no son siquiera los crímenes cometidos por los unos o las tropelías perpetradas por los otros. Lo más estremecedor, lo que le deja a uno sin habla, es el estado de indefensión en el que, ante tal situación, se ha encontrado y se encuentra la nación española.

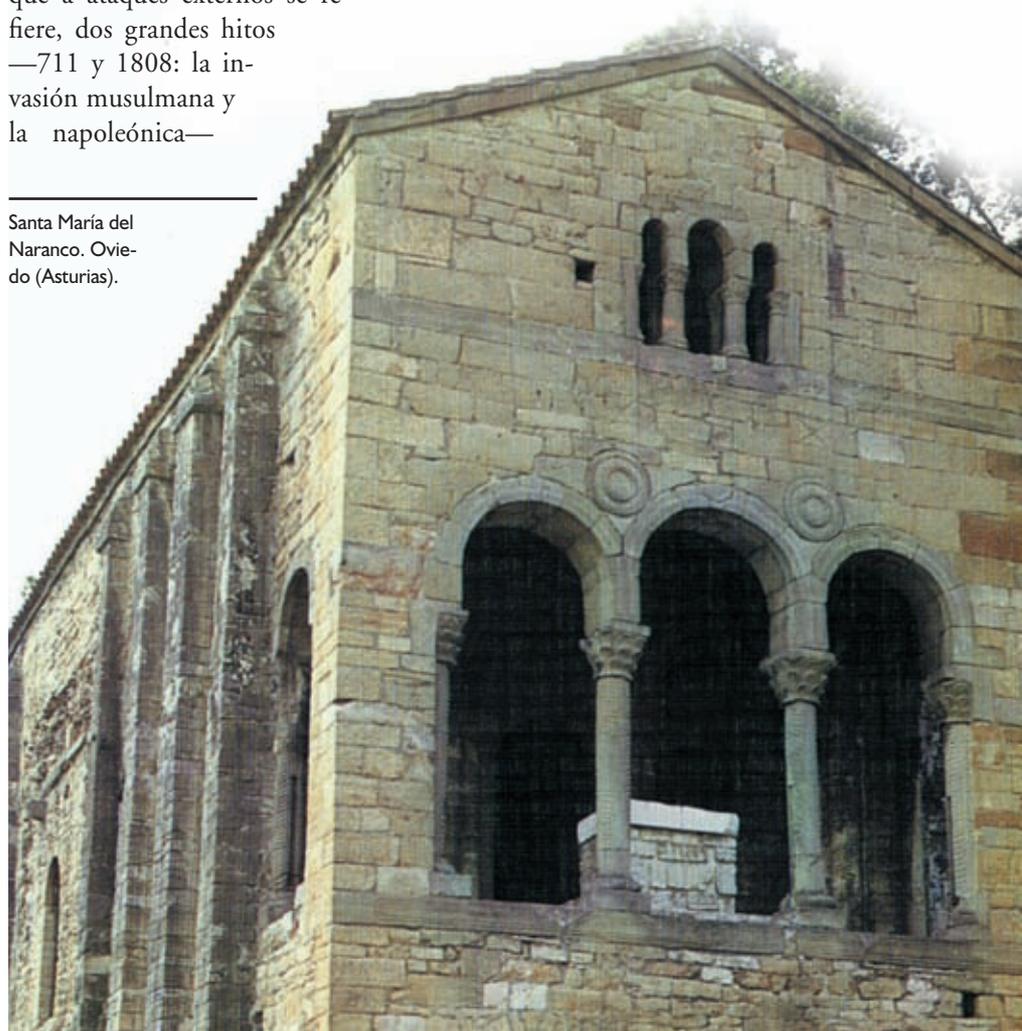
No hay nada extraordinario en que una nación suscite enemigos y que éstos —ya sean externos o internos— la ataquen y, si pueden, la aniquilen. Por execrable que sea, la cosa entra dentro de la lógica más elemental que caracteriza el destino de los hombres y de los pueblos —una lógica que hoy resulta simplemente ininteligible para el espíritu de unos tiempos a los que el “buenismo”, la filantropía y la pusilanimidad marcan.

Pero no siempre fue así. O, mejor dicho, **nunca** había sido así, nunca se había producido semejante incompreensión, y menos entre nosotros, que bastante ocasión hemos tenido a lo largo de nuestra historia de hacer frente a diversos casos de semejante lógica. Por lo que a ataques externos se refiere, dos grandes hitos —711 y 1808: la invasión musulmana y la napoleónica—

marcan nuestro destino como nación.³ En cuanto a los ataques internos, éstos tampoco son cosa de hoy: la gangrena separatista nos emponzoña la vida desde hace algo más de un siglo, si bien se debe reconocer que, en sus comienzos, tanto el catalanismo regionalista como el fuerismo vasco —diversos documentos lo atestiguan en estas mismas páginas— expresaban una legítima necesidad: la del reconocimiento de la plena idiosincrasia de unas partes de España cuyos abanderados no por ello renegaban, en aquel entonces, su pertenencia a la nación común.

³ Ningún amenaza exterior parece, por el contrario, enturbiar hoy nuestra bonancible tranquilidad. Ahora bien, ¿cabrá, a medio o largo plazo, juzgar con tanta benevolencia nuestro presente? Ojalá el juicio no tenga que ser entonces diametralmente opuesto. Podría suceder. Bastaría para ello que la prosecución de los actuales movimientos migratorios, aunados a las transformaciones demográficas que inevitablemente acarrearán, hicieran que dicho fenómeno —calificado de “alianza de civilizaciones” por quien, en lides internas, ya está actuando como un trasunto del conde don Julián— tuviera que acabar entendiéndose como la reiteración —sorda, desprovista de carácter militar y realizada en circunstancias profundamente distintas— de lo acontecido en el año 711 de nuestra era.

Santa María del Naranco. Oviedo (Asturias).



Sin patriotismo no hay libertad

Lo único que esclaviza son los tiranos —tanto los déspotas como esa sorda tiranía, hecha de indiferencia y claudicación, que hoy nos asfixia. Quien esclavizó fue, por ejemplo, un **Calígula** —no el profundo patriotismo de unos romanos para quienes, como decía **Horacio**, “*dulce et decorum est pro patri mori*”. Sólo un pueblo fuerte y vigoroso puede considerar que “es dulce y hermoso por la patria morir”; sólo semejante pueblo puede abrazar, sin mengua de su libertad, las *mores maiorum*, esas costumbres de los antepasados en torno a las cuales se vertebraba todo el ordenamiento de quienes hace dos mil años emprendieron, entre tantas y tan grandes cosas, la aventura de Hispania. Lejos de vulnerar la libertad y la creatividad de los hombres, la vinculación a la comunidad, a sus costumbres, a su historia —ese marco a partir del cual todos los posibles se abren—, no hace sino presuponer dicha libertad. Por una sencilla razón. Porque no existe ninguna sociedad que pueda afirmarse por encima y con independencia del sutil entramado de acciones y creaciones, sentimientos y opciones de quienes la componen. La mera idea de semejante sociedad constituye una aberración, una monstruosidad desprovista de todo sentido.

La comunidad y los individuos se requieren, como el todo y sus partes, hasta en las más íntimas profundidades de su ser. ¿Quién funda entonces? ¿Quién determina? ¿Quién es primero?... ¿Y si toda nuestra desgracia consistiera en la manía de intentar descubrir un Principio primero que lo fundara todo y del que

Lo más aterrador no es el auge del separatismo en Cataluña y las Vascongadas. Lo más estremecedor es nuestra indiferencia.

todo dependiera? No hay principio fundador —celebrémoslo. Tampoco aquí hay ningún Dios omnímodo a partir del cual todo surja y todo se rija. También aquí —como en las relaciones entre lo inmanente y lo trascendente— todo se juega en el sutil, complejo entramado que entre ambos términos se trenza. Todo se juega aquí y sólo aquí: en la vida de los hombres en sociedad; en las acciones y afanes, en las vivencias y sueños, en los delirios y anhelos que juntos les marcan. *Juntos...*, pues el hombre aislado es una ficción, y el abstracto —el Hombre universal—, una entelequia. *Juntos* en la historia y en la sociedad, *juntos* en ese entrelazado conjunto de seres, costumbres e instituciones, *juntos* en ese todo indisociable de sus partes que no es nada sin los individuos que lo integran, pero que es más, mucho más, que la simple suma de sus partes.

Pretender lo contrario, pretender que el todo social se reduce tanto a la simple suma de sus partes como a la pura inmediatez de su presente: tal es la aberración que el liberal-capitalismo instaura. Pero la aberración ha funcionado. Disfrutando de la más inteligente de las propagandas (“¿Quién será el guapo —pregunta-

Monasterio de EL Escorial. (Madrid).

ba yo hace un instante— que se atreverá a afirmarse como esclavo?”...), sostenido por indiscutibles logros económicos y por aplastantes victorias militares, el liberal-capitalismo ha cosechado en todas partes el más abrumador de los éxitos. Sobre su base se alza la sociedad invertebrada en la que a cada individuo se le ofrece el señuelo de ser el amo del mundo —o uno de sus accionistas. Sociedad radicalmente nueva, sociedad jamás conocida hasta hace como máximo dos siglos, su propia existencia implica que toda la historia anterior aparece como la historia de una opresión. Toda la historia de los hombres es la historia del avasallamiento del Individuo que siempre

TRADICIÓN

I

¡Ay del pueblo que olvida su pasado
y a ignorar su prosapia se condena!
¡Ay del que rompe la fatal cadena
que al ayer el mañana tiene atado!

¡Ay del que sueña comenzar la Historia
y, amigo de inauditas novedades,
desoye la lección de las edades
y renuncia al poder de la memoria!

¡Honra a los padres! ¡Goza de su herencia
gloriosa!... El sol es viejo, y cada día
joven renace y nuevo en su alborada...

Reniega de una vana seudociencia.
¡Vuelve a tu tradición, España mía!
¡Sólo Dios hace Mundos de la nada!

II

[...]

Recuerda y sigue. No se empieza nunca
ni se acaba jamás. Continuamente,
entre ayer y mañana está el presente.
¡Pobre de aquel que la cadena trueca!

MANUEL MACHADO





Bajorrelieve Ibérico en piedra. Museo Arqueológico de Córdoba.

No es la vida del cuerpo lo que se transmite a través de esa continuidad a la que llamamos “patria”. Es la vida en toda su plenitud: la vida henchida de ser y de sentido, de lenguaje y de significación, de instituciones y de costumbres...: “eso” que los individuos —solos o sumados— jamás podrán originar ni transmitir.

El Individuo no es primero

No, quitáoslo de la cabeza: el Individuo no es primero. Olvidad la mentira fundacional de nuestra sociedad: el Individuo no es ese gran pilar que, cual hercúleo Atlas, sostiene el mundo sobre sus hombros. El Individuo no es lo que —adicionados sus ejemplares, agregados sus átomos— funda al mundo, constituye el lenguaje, engendra tradiciones, preña de significación instituciones y cosas... —“eso” que ya está ahí y a lo que nos vemos arrojados por el mero hecho de nacer. El Individuo no funda nada... porque, para fundar lo que sea, se debe primero existir —requisito que se cumpliría con creces, si no fuera que tanto el Individuo-Rey (ese fantoche) como el individuo-persona (esa realidad) sólo existen en la medida en que el lenguaje ya está ahí, el pensamiento ya dado, las instituciones ya creadas, el sentido de las cosas ya abierto...

¿Quién lo abre? ¿Quién crea? ¿Quién funda?... Si no lo hace el individuo, ¿lo haría acaso esa comunidad histórica a la que antes se denominaba *patria* y que,

habiendo perdido entidad y raigambre, recibe hoy el más anodino nombre de *sociedad*? ¿Sería ella la instancia fundadora... a cuyos pies se prostrarían los individuos? ¿Serían éstos como una especie de marionetas del destino que, carentes de iniciativa, privados de autonomía, se verían encadenados a tradiciones, avasallados por instituciones, aplastados en suma bajo el plúmbeo peso de lo colectivo?

Por caricaturesca que sea, tal es la visión de la historia —desde sus orígenes hasta su liberación por el individualismo ilustrado y liberal—, que éste ofrece tanto de sí mismo como de la milenaria opresión de la que nos habría liberado. ¿Cómo no renegar entonces del pasado? ¿Cómo no despreciar la patria, cómo no maldecir la cadena del tiempo que ésta encarna, si lo que semejante cadena ata es a unos esclavos? ¿Quién es el guapo que se atrevería a afirmarse como esclavo?

Si queréis, españolitos de hoy, suicidaros colectivamente, abrid al menos los ojos y dejad de tergiversar.

Dejemos de lado las esclavitudes que el liberal-capitalismo trae consigo.¹ Olvidemos un instante el sometimiento al dinero y a la fealdad, la transformación de las personas en masas, la aniquilación del arte —la muerte del espíritu, por decirlo con las palabras que son las nuestras. Impugnemos simplemente la anterior premisa, rebatamos esa tan arraigada idea según la cual las sociedades orgánicas del pasado —las sociedades vertebradas en torno a instituciones, tradiciones y pasado— implicaban, por ello mismo, la opresión del individuo-persona, acarrearaban la ruina de su iniciativa, la pérdida de su autonomía, la destrucción de su libertad. Afirmemos, por el contrario, que la vertebración orgánica de la sociedad —basta ver lo ocurrido cuando la desvertebración la ha remplazado— es condición primera para que florezca la libre personalidad de cada cual. Proclamemos con fuerza que ser partícipes de una comunidad histórica, sentirse integrados en un destino común, significa todo lo contrario de estar esclavizados a sus tradiciones e instituciones.

¹ El largo dominio ideológico ejercido por el marxismo (por no hablar de la opresión totalitaria de sus regímenes) ha acabado teniendo un beneficioso efecto para el capitalismo: se ha hecho imposible impugnarlo. Cualquier crítica hacia sus valores ha quedado asimilada a una defensa de la revolución socialista. Quien acepte abonar este tributo que el marxismo impone *post mortem*, quien —con otras palabras— quede chocado por la crítica del capitalismo que aquí se efectúa, siempre podrá sustituir tal concepto por el de “productivismo”, “materialismo”, “consumismo” o cualquiera parecido.

El Sujeto soberano: ese omnímodo ser —y encima os lo creéis...— para el que el mundo entero se reduce a un asunto de elección, acción y decisión. *El Sujeto soberano*: ese individuo que, leve como el viento, vacío como el aire, ignora lazos y vínculos, tierra y raíces, deberes y arraigos. *El Sujeto soberano*: ese individuo que pretende decidirlo todo por sí mismo, individual, ensimismadamente solo.

Así se lo cree el más solo de los hombres: ése que ni siquiera se percata de que las masas —la otra cara del Individuo soberano— le acompañan en su gregaria soledad. Sólo las masas le acompañan —ni ancestros, ni héroes, ni linajes... Sólo las borreguiles masas (ésas ya ni se rebelan) que no soportan que algo esté por encima de su libre voluntad. ¡“Libre”, dicen!... ¡“Libre” la voluntad de los más gregarios hombres que jamás han pisado la faz de la Tierra! ¡“Libre” la decisión de esos manipulados seres que —por doquier, pero en España aún más— niegan hasta tal punto cualquier vínculo superior, que hasta parece como si no fuera de padre y madre que han recibido la vida!

La cadena temporal denominada “patria”

Parece como si os hubierais engendrado a vosotros mismos. Pero no, por padre y madre fuisteis concebidos, como ellos lo fueron por vuestros abuelos que, a su vez,

Ser partícipes de una comunidad histórica, sentirse integrados en un destino común, significa todo lo contrario de estar esclavizados a sus tradiciones e instituciones.

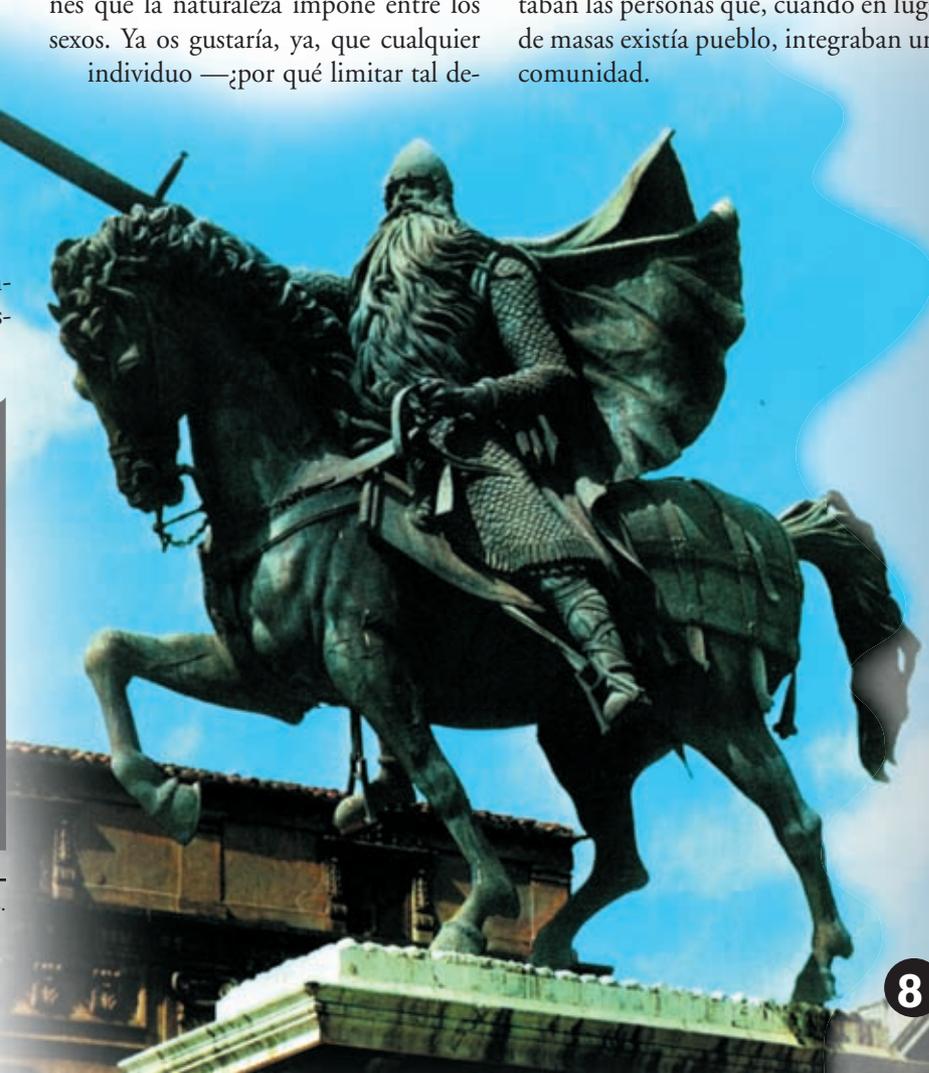
lo fueron por sus padres, que a su vez lo fueron por quienes a su vez... y a su vez... y a su vez..., remontando así, a través de la interminable cadena de madres y padres —de ahí, ¡imbéciles!, proviene la palabra que os causa repelús—, hasta el comienzo mismo de los tiempos.

Tal es la cadena del tiempo, el *continuum* histórico que, asentado en una tierra y arraigado en una cultura, recibe el nombre de patria. Tal es la secular secuencia que en España (como en los demás países de la globalizada modernidad, pero en España aún más) ha quedado hoy truncada: por vosotros, que detestáis la historia, que no queréis saber nada de ancestros, que escupís sobre los muertos —sobre todos, de dondequiera que sean, pero aún más si son los nuestros.

La cadena que de tal modo rompéis no es, sin embargo, la biológica. La cadena de la procreación no os queda, hoy por hoy, más remedio que respetarla. Ya os gustaría, ya, que los hombres salieran de probetas y clonaciones. Ya os encantaría, ya, que la tecnología os liberara de las anquilosadas compartimentaciones que la naturaleza impone entre los sexos. Ya os gustaría, ya, que cualquier individuo —¿por qué limitar tal de-

recho a parejas y matrimonios, así sean del mismo sexo?— pudiera experimentar la libre afirmación de su personalidad compartiendo su espacio vivencial con los ciudadanos menores de edad, pero no menos carentes de derechos, que son los niños.

No es todavía la cadena biológica lo que rompéis. Pero da igual. Lo biológico —lo “étnico”, para ser más exactos— sólo es el sustrato, la condición de posibilidad de esa gran concatenación temporal que, uniendo a los vivos y a los muertos, recibe el nombre de *patria* (o de *nación*, o de *comunidad histórica*...; llamadlo como queráis). Lo que esencialmente se transmite a través de esta entrelazada secuencia de padres y madres, abuelos y tatarabuelos, antepasados y ancestros no son vísceras, entrañas, corazón... Es el corazón en el que late el más visceral de los sentimientos: el de la copertenencia a un pasado, el de la afirmación de una continuidad; esa pertenencia conjunta gracias a la cual no estamos solos, como lo están las masas cuyos rebaños deambulan hoy por el mundo; esa pertenencia que nos hace estar juntos, como lo estaban las personas que, cuando en lugar de masas existía pueblo, integraban una comunidad.





Refectorio gótico del monasterio cisterciense de Santa María de Huerta (siglo XIII). Soria.

todo aquel ardoroso espíritu que —para lo mejor y lo peor— embargaban su ánimo? “¿Qué se hizo el rey don Juan / los infantes de Aragón / qué se hicieron?”... Nada. Desaparecieron como por ensalmo, como sin dejar rastro.

¿Es posible? ¿Es posible que toda una forma de ser, sedimentada tras siglos y siglos, desaparezca sin más y de la noche a la mañana? ¿Y si todo aquello — todo aquel valor, aquella entereza, aquel espíritu capaz de mover mares y montañas— sólo hubiera quedado soterrado, como agazapado en espera de un nuevo impulso, de un nuevo despertar? En espera de un nuevo Proyecto: el más alentador, sugestivo, rompedor... Un Proyecto nunca entrevisto hasta ahora; un Proyecto que carezca tanto de designios totalitarios como de la huera palabrería que va diciendo “libertad, libertad”, “democracia, democracia”, cuando lo que quiere decir es “Dinero, Dinero” y “Capital, Capital”.

Dice el saber popular...

Éste es el fondo de la cuestión: carecemos de Proyecto. Ninguno de los tres

Llegados a los postres en el gran banquete de la modernidad, los españoles parecemos saciar como glotones nuestra hambre atrasada de siglos.

que aún van dando tumbos por ahí es realmente asumido por nadie: ni el proyecto católico-conservador, ni el del izquierdismo marxista, ni el del liberalismo materialista y utilitarista. Cada uno de ellos —es cierto— es asumido por una parte importante de nuestra gente. Pero como a regañadientes, sin verdadero entusiasmo ni convicción —como si no hubiera nada mejor que asumir. Ellos mismos lo dicen. Con su cazurrería, con su simpleza a cuestas; pero con su punzante clarividencia también. He ahí probablemente la única idea con la que se podría poner inmediatamente de acuerdo más de un noventa por ciento del pueblo español: **“Todos los políticos están vendidos, todos valen por igual”**. Dejemos los matices que

nos obligarían a precisar que algunos valen algo más que otros, que algunos son como mínimo infinitamente menos nocivos que otros. Dejemos tales sutilezas y traduzcamos: **“Todos los grandes proyectos hoy en liza están podridos; todos valen por igual”**.

No hay Proyecto. O por decirlo con palabras que la moda reprueba: ningún destino marca nuestros pasos por la vida y la muerte. ¿Cómo asombrarnos entonces de que no teniendo ni proyecto ni destino, tampoco tengamos nación? ¿Cómo extrañarnos de que la misma esté a punto de perecer? ¿Cómo extrañarnos, si la nación no es otra cosa que un *destino*, un *proyecto colectivo* que, entroncado en el pasado, es impulsado por los vivos y los muertos hacia el porvenir?

No tenemos Proyecto... ¿De verdad? Tenerlo, desde luego que no lo tenemos—ni en España ni en ningún sitio. Pero haberlo, haylo. Hace un instante, aquí mismo quedaba esbozado en sus más grandes líneas el proyecto que nos obligaba a reclamar (en todos los sentidos de la palabra): “¡Soñemos!”.

Soñar... —de eso se trata. Cuando todos los sueños han sido arrancados de la faz de la tierra, cuando el sueño como tal ha sido apartado de la realidad, nada se hará —nada tampoco vale la pena intentar— sin que el sueño y la imaginación envuelvan de nuevo con su misterio y hechizo el enigma mismo del mundo.

Soñemos..., “que los sueños, sueños son”, decía nuestro Segismundo. Pero para que este sueño *sea* de verdad: para que el espíritu libere de su actual ruina lo que de fecundo late en nuestros tiempos; para que, en una palabra, el espíritu reviva enraizado en la carne y en la tierra; para ello no sólo hace falta soñar. Para ello hace falta afanarse con empeño y luchar con denuedo. Sólo así podremos dejar de formar parte de la triste cohorte de los hombres que, aborreciendo morir por la patria, prefieren morir por la nada. ●

Javier Ruiz Portella. Ensayista, editor. Autor del *Manifiesto contra la muerte del espíritu*. Entre sus libros, cabe mencionar: *España no es una cáscara*, Barcelona, 2000, y *La liberté et sa détresse*, Bruselas, 1994.